

Es muy distinto hablar de gente a la que se conoce así, de pasada, en charla o reunión, y de la que se han leído algunos libros, que escribir de otras personas a las que uno ha tratado más y siente afecto personal por ellas, tiene recuerdos que compartir, alegrías que revivir y momentos amargos para condenar al olvido. Angel González es, para mí, uno de estos últimos, y aunque no puedo llamarle «amigo de la infancia», sino de una ya dejada adolescencia atrás, sí creo conocerle bien, y me gusta su poesía, entre otras razones de orden puramente literario, porque me gusta cómo es Angel González.

Fundador del puente Madrid-Barcelona-Madrid (puente literario que un grupo de amigos inauguramos muchos años antes que el puente aéreo de Iberia, y al escribir esto pienso en Barral, en García Hortelano, en Jaime Salinas, en Gil de Biedma, en Castellet y en mí mismo), éramos ya amigos desde la aparición de su primer libro, **Aspero mundo**, en la Colección Adonais. Este volumen, como los primeros libros de otros de mis compañeros de grupo, tiene como característica diferenciadora de muchos primeros partos líricos, de antes y de ahora, la de ser una obra espléndida, como de autor ya maduro, sin balbuceos, capaz de ser leída hoy con gusto y sin tener que recorregirse, identificable en el conjunto de su labor posterior y reeditable sin más: fresca dentro de su nostalgia.

Nostalgia, he escrito, y podía añadir ironía, tono coloquial, complejidad hecha sencillez por el dominio de un lenguaje propio, que llega a ser intimista y susurrante. Los poemas de amor de Angel González son como para destrozar el corazón de una reina antigua o para poner salida a una moza asturiana o congoleña, hoy y de aquí a cien años; parecen escritos como para ser dichos al oído, sin retórica alguna, huendo de los lugares comunes y de la sosa blandenguería de tanto poema de amor confeccionado al corte de nuestra tradición romántica — de la que se salvó Bécquer — o siguiendo modas que son flor de un día o unos años, las de ahora a remolque de la penúltima poesía norteamericana o inglesa.

Después de **Aspero mundo** llegaron sus otros libros: **Sin esperanza, con convencimiento; Grado elemental, Tratado de urbanismo**, y la reedición de todos ellos en **Palabra sobre palabra**. Los últimos poemas suyos que he leído publicados se reúnen en un volumen de larguísimo título: **Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan**. Es difícil mantener y aumentar el tono y la calidad cuando se ha comenzado tan felizmente como empezó Angel González, pero él lo lo-

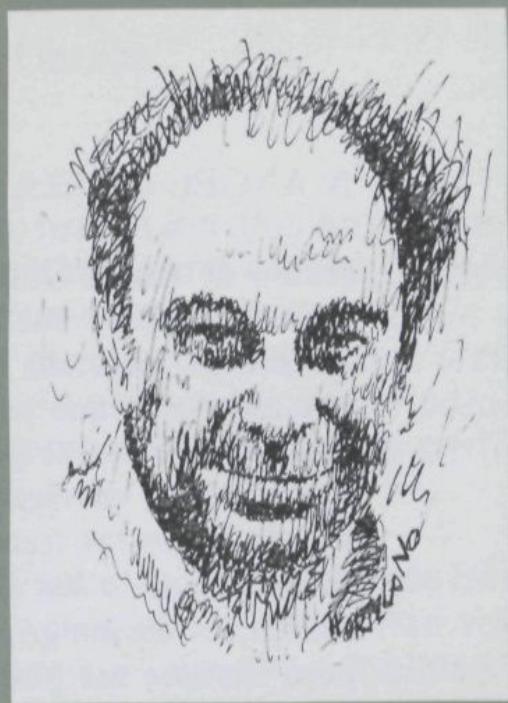
gra, lo mejora, sigue siendo el mismo y se renueva sin dejar de ser reconocible: no envejece, se hace añejo, es decir, clásico.

La poesía de Angel González, como la de algunos de sus compañeros, intentó con éxito la operación de sobrevivir a la pasada dictadura. Cuando Angel escribe poemas de intencionalidad política, lo hace sin retórica, sin atribuirse la representación de todo un pueblo, sin perder la cabeza y engendrar panfletos. Su oposición literaria al lenguaje de los vencedores de la guerra civil se efectúa no solamente como una denuncia o cambio de punto de mira, sino rescatando un idioma pervertido por los opresores, librándolo de su vacía ampulosidad. Les arrebata su propia arma, la pule, la dignifica, y la emplea limpia y sabiamente, cuidándola como un guerrillero cuida y mima el fusil que ha tomado del ejército invasor. Eso de amar las palabras vivas lo sabe Angel González muy bien, y recrimina el falso «barroco veneciano» de algunos de los nuevos bardos peninsulares, de los que dice que **pesados terciopelos sus éxtasis sofocan**, pues él quiere sacar la poesía a **las calles,/ despeinada,/ ondulando en el viento/ —libre, suelto, a su aire—/ tu cabello sombrío/ como una larga y negra carcajada.**

Angel González está, desde hace años, dando clases en Estados Unidos o en México, pero vuelve a Madrid a la que puede, siempre optimista y buen bebedor, siempre escrutando lo que aquí se escribe. «Aún somos los mejores, tú lo sabes, en poesía no valen los chanchullos», me dijo hace poco. Y añadió: «Eramos mucho más que un grupo de amiguetes». Bien, como ni él, ni yo, ni Jaime Gil, ni Valente, ni Carlos Barral, ni Caballero Bonald, tenemos abuela, y dado que «la propaganda que no te haces tú no te la hace nadie» (como me soltó en La Habana una muchacha mulata de pelo bueno, que lucía un tremendo escote desabrochado que le llegaba al ombligo), le contesté y le digo a Angel que sí, que no valen las trampas en literatura, como no sean bellas trampas, que éramos los mejores y que espero, por nuestros próximos libros, que él tenga, como ha tenido hasta ahora, toda la razón, y sigamos siéndolo, con buenas trampas, pero sin cartón.



J. Gil de Biedma



J. García Hortelano



Caballero Bonald, Gloria Fuertes, Gabriel Celaya, Angel González, Vázquez Montalbán, José Agustín Goytisolo. Verano, 1969. MADRID (Choza de la Sierra).